

EL CAMBIO DE LA PATRIA

POR

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGOÑA

Hay palabras que se hacen mito. Pierden su verdadero significado para convertirse en bandera. A la que se sigue y hasta por la que se muere. O en arma arrojadiza de desprecio y vituperio. Rafael Gamba, en su precioso libro *El lenguaje y los mitos* nos habla de una serie de ellas: apertura, reacción, progreso, base, compromiso, inmovilismo, nostalgia... y cambio.

«El término *cambio*, escribe, en su aplicación humana e histórica tuvo en otro tiempo resonancias peyorativas. *Puesto que cambias, yerras*. Las antiguas morales cifraban el ideal del sabio en la quietud o imperturbabilidad del ánimo, que lo acercaba a la serenidad de los dioses. Tal era, especialmente, el objetivo de la moral estoica. Hasta época no muy lejana se empleaba el calificativo *quieto* (dócil), como elogio o recomendación moral de una persona: *es mozo quieto y trabajador*.

»Por influencia del evolucionismo dialéctico de Hegel-Marx la palabra ha adquirido un sentido prestigioso y hasta metafísico. Revistas, periódicos y movimientos se titulan *cambio* como la expresión de un ideal luminoso, permanente y absoluto. *Por el cambio*, puede ser el slogan de una campaña electoral. El máximo elogio de un político o de un periódico es el de ser — haber sido — *motor del cambio*».

En esta sociedad sin valores ni creencias, el cambio es bueno por el hecho de cambiar. No se considera si la situación es buena o mala en sí. Si se cambia a mejor o a peor. Hay que cambiar porque eso es lo que se lleva, porque cualquier tiempo pasado fue peor, porque el futuro es progreso y el ayer, inmovilismo.

Y en este siglo que no piensa —¡qué diría, de vivir hoy, León Daudet, que llamó a su inmediato pasado «el imbecil siglo XIX»!— no se cae en la cuenta que esta civilización del cambio, que esta dialéctica del cambio es la más estéril, la más trágica de cuantas podían caer sobre la humanidad. Parece como si una nueva maldición bíblica, peor que la de Babel, hubiera alcanzado a estos hombres que una vez más han querido ser como dioses.

Porque el cambio por el cambio implica que nada es bueno, que luchamos por nada, que lo que hoy nos afana o ilusiona mañana habrá que tirarlo por viejo y anticuado. Que nada es firme y permanente como Dios. Y ahí puede estar la verdadera razón de esta revolución del cambio que adquiriría de este modo caracteres satánicos. Pero hoy no existe un Donoso que, con su mirada de águila, atisbe realidades y peligros y que, con su palabra de fuego, fustigue actitudes y señale caminos de esperanza.

Así que, cambiemos todo. Todo es malo. La religión tiene que cambiar. Lo dicen Küng, Schillebeeckx o Boff. Y Juan Pablo II es un obstáculo polaco a batir por inmovilista. Las costumbres, sedimento de los siglos, tienen que cambiar. ¿Por qué no han de casarse los hombres con los hombres y las mujeres con las mujeres? ¿Por qué hemos de ir vestidos? ¿Por qué no podemos matar a nuestros propios hijos? ¿Por qué hemos de respetar, o amar, o creer? Nada es sólido, nada merece la pena, Dios ya no existe.

Y en esta perspectiva, ¡claro que hay que cambiar a España! La España zaragatera y triste, esa España que ha de helar el corazón al españolito que viene al mundo... Sin embargo... Voy a hablaros de España. Con unción religiosa. Como debe tratarse a las cosas sagradas. Porque nuestra patria es obra de Dios. Sí, todo es obra de Dios. No se cae un pelo de nuestra cabeza sin El permitirlo. Pero existe un orden normal de la Providencia y el especial. El milagro. Y España es un milagro de Dios preparado con especial amor, con especial cuidado, con un cariño verdaderamente paternal.

No os hablo —me entendéis perfectamente— con precisio-

nes teológicas. Aunque no se si hoy día existen las precisiones teológicas. Todo hace suponer que no. Recuerdo oír a Eugenio Vegas contar cómo un día Ramiro de Maeztu, el gran don Ramiro de Maeztu, explicaba que en el cielo había un lugar especial reservado para España. Y Víctor Pradera —dos egregios españoles asesinados por los que querían cambiar a España—, le replicó: —don Ramiro, no diga usted barbaridades.

La exactitud estaría con Pradera pero parecía que Dios daba la razón a don Ramiro.

En los umbrales de la historia nuestra patria era un mosaico de pueblos insolidarios y autónomos. Presa codiciada de extranjeros que no buscaban otra cosa que expoliar nuestras riquezas. Los españoles eran duros, nobles y bravos. Preferían la muerte a la esclavitud. Y Sagunto y Numancia son paradigmas de la raza.

A esas tribus, hostiles entre sí, Roma las unció al carro de la modernidad —de la modernidad de entonces— con mano de hierro y perspectiva histórica genial. Y España conoció la unidad aunque fuera en el sometimiento a la República, primero, y al Imperio más tarde. Sometimiento que se hizo con sangre y desgarramiento. Numancia, Viriato, la resistencia del noroeste peninsular... pero que, una vez logrado, se manifestó fértil en consecuencias excelentes.

España había cambiado. Fue el paso de la tribu a la civilización. Y, dentro de ella, dimos a Roma emperadores: Trajano, Adriano, Teodosio; filósofos, poetas y, ciertamente, riquezas. Pero el gran cambio de España, el cambio esencial y trascendental que condicionaría por siglos a nuestro pueblo y a nuestra patria —y ya van veinte—, se estaba gestando como una primavera sin que nada, en la romanidad del Alto Imperio, hiciera suponer el acontecimiento.

El dedo de Dios —¿os fijáis en que la Providencia comenzó a fijarse en España desde el nacimiento mismo de la Iglesia?—, señaló nuestra patria al discípulo fogoso e intrépido. Y el hijo del Trueno atravesó el Imperio para predicar la buena nueva a los hispanos.

La tradición nos dice que fue recibido con indiferencia y tal vez con hostilidad. Desanimado se hallaba —¡él que parecía no conocer el desaliento!— cuando María, en carne mortal, vino a consolarle a Zaragoza y a abrirle el corazón de un pueblo que sería la nación católica por excelencia. La fe de España arranca de un milagro especialísimo. Es como si Dios amara a España con una predilección singular. Santiago... y María. ¿Es que podía darnos más?

Pablo, los varones apostólicos y una cosecha inmensa de almas católicas granó en todos los pueblos de España desde el *Mare nostrum* al *Finisterrae*.

Roma había convertido a arévacos y vectones, ilergetas y turdetanos, vascones, celtas y vacceos en españoles. La Virgen los hizo católicos. ¡Y de qué manera!

Porque la gesta de los innumerables mártires de Zaragoza, de Vicente, Sabina y Cristeta, del otro Vicente, de las dos Eulalias, de Tecla, de Justo y Pastor, del legionario Marcelo, su mujer y sus hijos, de Emeterio y Celedonio, de Acisclo y de Víctor, de Leocadia, del obispo Fructuoso y sus compañeros, del obispo Cecilio, de Engracia y sus dieciocho compañeros, de Torcuato, Tesifonte, Segundo Indalecio, Esiquio y Eufrasio, de Ciriaco y Paula, de Justa y Rufina, de Servando y Germán, de Narciso, de Severo... no fue un holocausto insolidario y autónomo sino una profesión de fe colectiva.

El bautismo les había hermanado y, cantando los mismos himnos y esperando en la misma resurrección, caminaban jubilosos al encuentro del Señor

Desde entonces, el abrazo de España con la religión de Cristo fue ya indisoluble. Ya no hubo cambios. Porque los que se intentaron, fallidos siempre, como ha de fallar el que hoy se pretende, con mil pretextos tenían siempre un fin directo: separar a España de Dios. Y ni Dios ni los españoles lo permitieron. Estos, con su sangre. Y Dios, cuando hizo falta, con milagros.

Los emperadores romanos quisieron ahogar de raíz la semilla que la Virgen plantara. Y quiero haceros notar un hecho que encierra mil enseñanzas. Fijaros en que la persecución romana

en nuestra patria es el martirio de los niños. Es como si los niños españoles hubieran atendido, más que los de ninguna otra patria, las palabras de Jesús: Dejad que los niños se acerquen a mí.

Y a El fueron, sobre el dolor y sobre la muerte. Pensad en sus carnes tiernas quemadas y desgarradas. Y pensad en los niños, en vuestros niños, vuestros hijos, vuestros nietos... ¡Cómo lloran ante cualquier caída, ante el más mínimo rasguño!

Aquéllos, no. Arrostraban a las autoridades romanas y marchaban cantando hacia la muerte porque su Dios, nuestro Dios, había dicho que quería que los niños se acercasen a El, que de ellos era el Reino de los Cielos, que quien escandalizare a alguno de sus pequeñuelos, más la valdría —y habría que gritárselo a los responsables de nuestra televisión—, que antes se hubiera atado al cuello una piedra de molino y se hubiera arrojado al mar.

El martirio de los niños. Es una de las páginas más bellas de la historia del catolicismo. Y, prestad atención. Las historias de los santos las firman siempre dos personas. Menos en los santos niños. Allí hay muchas más firmas.

Dos personas. Dios y el santo. Soy Teresa de Jesús. Y yo, Jesús de Teresa. Y entre los dos esa historia admirable que si no estuviera tan documentada parecería increíble. La contemplación hasta cimas inmarcesibles. La acción que hizo de su vida una novela de aventuras apasionante. ¡Qué monja! ¡Qué Dios!

Una elemental psicología nos dice que el niño es otra cosa. El niño imita. El niño admira. Por eso, la santidad de los niños mártires está firmada por Dios, por el niño y también, en toda verdad y en todo merecimiento, por sus padres, por sus familiares, por sus maestros, por sus sacerdotes, por su obispo...

Aquellos obispos que morían con sus hijos, que vivían con sus hijos, amándoles y enseñándoles a amar a Cristo. Y a los que verdaderamente les eran aplicables las palabras divinas. Si un hijo pide pan, ¿qué padre le dará una piedra?

Los que estamos ya sin dientes, no de las piedras sino hasta de los adoquines que nos han dado nuestros pastores cuando les pedíamos el pan de la fe, tenemos que mirar con nostalgia aque-

llos tiempos que no fueron una excepción en España —la excepción son los Oppas y los Tarancones, los Cirardas y los Gabinos—, en los que se alumbraba un catolicismo heroico y militante contra el que eran inútiles todos los intentos de cambio, pues se estaba dispuesto a morir antes que renunciar a amores y fidelidades entrañables.

Y quiero que consideréis, al lado del heroísmo de los mártires, otro aspecto de aquellos días germinales de nuestra fe. La piedad cristiana de aquellas gentes. ¡Cómo recogían los restos de los mártires y los veneraban como de testigos fidelísimos de Cristo! ¡Qué unción ante las reliquias que transmitían de generación en generación como el más preciado tesoro! ¡Cómo recibían en sus comunidades de catacumba al confesor que había sobrevivido, muchas veces con el cuerpo desgarrado por el tormento, la cruda persecución! ¡Cómo le abrazaban los ancianos, cómo inflamaba a los jóvenes, qué ilusiones de santidad y de martirio despertaba en la clara mirada de los niños!

Hoy, los mártires estorban incluso a los obispos. Nuestro catolicismo es tan flaco que más parece una costumbre rutinaria que una vivencia fuertemente sentida. Y, a lo peor, ese cambio que no queremos para nuestra España se ha producido en nuestros corazones.

Después de la persecución, vino el triunfo. Y el signo de la contradicción y de la muerte pasó a ser el de la victoria. Pero no se tardó en volver a intentar cambiar a España. En esta ocasión fue la herejía. El pueblo godo profesaba la fe arriana y la quiso imponer a los españoles. Una vez más la sangre, esta vez la de un príncipe, se ofreció en defensa de la fe católica. Y Dios siguió amando a España de un modo muy especial. Hasta tal punto que el año 589 tocó el corazón del rey, hermano del príncipe mártir, y el de todo su pueblo que renunciaron el error arriano y profesaron el catolicismo.

Hasta entonces habían sido católicos los españoles, ciudadanos del Imperio o hispanorromanos sometidos al godo. A partir de esa fecha fue católica España. En esta década se cumplirá el mil cuatrocientos aniversario de la fusión entrañable de

una patria con una religión. Y, por primera vez en la historia, esa patria no es oficialmente católica. Lo fueron aquellos pequeños núcleos de resistencia que en las montañas norteñas resistían la invasión musulmana. Lo fueron los reinos de Castilla y León, de Aragón, Cataluña y Navarra. Y, por excelencia, la España de los Reyes Católicos y de la Casa de Austria. Y también, aun con el regalismo de 1789 y el liberalismo de 1889, la España de la Casa de Borbón.

Hoy ya no. La España que en 1989 conmemorará la conversión del III Concilio de Toledo y tres años después el Descubrimiento de América, es un Estado laico, con una Constitución que desconoce a Dios y a sus mandatos, en la que el divorcio atenta contra la familia y el sacramento del matrimonio, el aborto contra la vida de los más desvalidos, la LODE contra el derecho de los padres y de la Iglesia a la enseñanza. La España en la que desde sus teatros y sus cines se hace burla de Dios y de María. La España de la droga, la pornografía y la inseguridad.

¡Qué sensación de incomodidad ha de sentirse por las autoridades en 1989 cuando de algún modo se conmemore el III Concilio toledano! Civiles y religiosas. ¡Si eso ya no se lleva...! ¡Si España es otra cosa...! ¡Si la hemos cambiado...! Pero pudiera ser que la hubieran cambiado tanto que lo que ha quedado ya no fuera España.

Volvamos al hilo de la formación de esta patria que dejamos bautizada en Toledo. Otro cambio se intentó con ella poco más de cien años después. Se pretendió islamizar a España. Y, cuando ya parecía conseguido, un nuevo milagro del cielo y otra vez por medio de María. En los riscos de Asturias la Santina nos dio la victoria sobre el moro. Y, una vez más, se frustró el intento de cambiar a España.

A partir de entonces, paso a paso, muerto a muerto, siglo a siglo, la España católica reconquistó para Cristo la tierras sojuzgadas.

Los mártires y los héroes regaron de nuevo con su sangre las tierras españolas. Que se llenaron de iglesias y de vírgenes y de santos.

Santiago Matamoros cabalgó al lado de los reyes de la Reconquista con la espada en la mano en brioso corcel.

Y España se fue haciendo, paso a paso, muerto a muerto, siglo a siglo, hasta ver coronada su gesta en una monarquía que coronaba la cruz. Los reyes de España fueron los reyes católicos por antonomasia. Novecientos años después de Recaredo, España, toda España, era de nuevo católica. Dios la había forjado en el combate, y en la adversidad, y en la victoria.

Aquella reina gentil, que soñaba almas para el cielo fue instrumento de la Providencia en la más grande ocasión que vieron los siglos después de la encarnación, nacimiento y muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

Ocho siglos de durísima lucha, que completaron una patria, podían justificar un merecido descanso. Los españoles podían sembrar o comerciar. Prefirieron descubrir, conquistar y evangelizar. Y nada menos que a todo un continente.

En América, dieron a Roma cien pueblos por cada uno que le arrebatava la herejía. En Oriente sepultaron en el mar de Corinto a las galeras turcas que amenazaban a Europa y al catolicismo. Y en nuestro continente, opusieron a Lutero unos tercios que se hicieron leyenda de valor. Y gracias a los cuales, Bélgica, Baviera, Austria, Francia, Polonia... son aún hoy naciones católicas.

Mientras, nuestros teólogos eran la luz de Trento, nuestros santos se llamaban Teresa, Ignacio, Javier, Juan de la Cruz o de Avila, y la literatura, la pintura, la arquitectura alcanzaban cumbres inigualables. Dios se complacía en España dándonos una gloria que no conoció igual el mundo. Y en nuestros dominios no se ponía el sol.

Juan Pablo II acaba de reconocer esa labor inmensa de España en favor de la Iglesia. Y nos repitió sus palabras de Madrid: «¡Gracias, España; gracias Iglesia de España, por tu fidelidad al Evangelio y a la Esposa de Cristo!».

Esa España en tensión de fe realizó «una obra de evangelización sin par». Es Juan Pablo II quien lo dice. No haya nada igual en la historia. Bautizamos y civilizamos a América. Y nos

desangramos y nos arruinamos por Cristo y por su Iglesia. No pudimos hacer mejor negocio. Otros se llevaron el oro. Pero la Virgen de Guadalupe, y la Rosa de Lima, y Pedro Claver, y García Moreno, y Vasco de Quiroga, y Motolinía, y los cristeros mejicanos y Martín de Porres son nuestros.

Los libros de Inglaterra o de Holanda son libros de negocios y huelen a sudor. Los de España son epopeyas que huelen a santidad. De ellos fueron los dineros. Nuestra, la gloria. Ellos han tenido su paga en este mundo. Nosotros, en el cielo. Porque trabajamos para Cristo y para su Esposa: la santa Iglesia católica, apostólica, romana.

Exhaustos por el esfuerzo, de nuevo intentaron cambiarnos a España. Una minoría renegada de las tradiciones patrias y de la fe del pueblo quiso hacernos igual que a los otros. Iguales que Francia o que Inglaterra. Es como proponer al águila real que se convierta en rana o en víbora. Y los ministros ilustrados de Carlos III o los liberales de Cádiz lo intentaron. Pero el pueblo español no quiso cambiar la primogenitura por el plato de lentejas y, nuevamente, se lanzó al campo con el fusil en la mano para defender lo que se quería cambiar en España: la fe católica. Bien sabían que si eso lograban, España habría cambiado. La guerra de la Independencia fue una guerra de religión. Y las carlistas, evidentemente. Y las matanzas de frailes de 1834 y 1835 y la desamortización bien señalaban cuál era el enemigo a batir.

Los enemigos de la Iglesia, que eran los de España, obtuvieron destacados triunfos. Y aquí es preciso referirse al tantas veces citado Menéndez Pelayo en su Epílogo de los *Heterodoxos*:

«España, evangelizadora de la mitad del orbe; España, martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio...; esa es nuestra grandeza y nuestra unidad; no tenemos otra. El día en que acabe de perderse, España volverá al cantonalismo de los arévacos y de los vectones o de los reinos de taifas.

»A este término vamos caminando más o menos apresuradamente, y ciego será quien no lo vea».

A este término caminábamos más o menos apresuradamente, decía don Marcelino en 1882. Y ciego será el que no lo vea. Después, la velocidad se incrementó al rodar por la pendiente y España pareció hundirse en el abismo sin que cupiera ya la esperanza.

Como tras Guadalete, como en 1808, la España católica estaba a punto de sucumbir. Las iglesias incendiadas elevaban al cielo sus negros muñones clamando divinas venganzas. Pero una vez más el heroísmo de nuestros mayores y la protección del cielo impidió el cambio de la patria.

En esta historia asombrosa que en sus líneas generales hemos seguido, en esta historia que no tiene parangón en ninguna nación del mundo, en la que han intervenido héroes que parecen sacados de las páginas de la mitología, santos como no los tiene, en cantidad y en calidad, ninguna otra patria, y un pueblo que en verdad puede llamarse pueblo elegido, llegamos, en pleno siglo xx, a un episodio que en nada desmerece, y tal vez supere, de las gestas hasta ahora conocidas.

La persecución romana, Recaredo y los Concilios toledanos, la Reconquista, el descubrimiento y evangelización de América, Trento, Lepanto, los santos y las catedrales, los jesuitas y los dominicos..., sí, pero en 1936 llenamos los campos de España de cruces y el cielo de mártires.

Nunca en toda la historia de la Iglesia, en un año y en un espacio territorial reducido, como lo fue el de la media piel de toro sobre la que ejerció su bárbaro dominio el gobierno rojo, hubo tal número de mártires.

Trece obispos, 7.000 sacerdotes e infinidad de seglares acudieron al encuentro de Cristo con la palma del martirio en sus manos. Nunca se conoció nada igual en ningún país del mundo. Hubo diócesis, Barbastro por ejemplo, en la que apenas quedó un sacerdote. Y me dicen que el actual obispo de aquella mínima Iglesia —mínima por la extensión y por el número de sus habitantes que no por la gloria que supieron escribir en el libro de

los santos—, ha permitido que se arrancara la lápida que recordaba sus nombres.

Nunca estuve en Barbastro y, por tanto, no pude verla. Pero recuerdo otra, interminable, encabezada por el obispo auxiliar, que se encuentra, todavía, en el claustro de la catedral de Tarragona. La vi con asombro. Hoy lamento no haberla leído de rodillas pues esos nombres eran una letanía de santos que, día a día, calmaban las iras de Dios por los pecados de España y la tornaban en paternales miradas de benevolencia y amor.

Los mártires de 1936. Los innumerables mártires de 1936. Padres de familias asesinados junto a una cuneta porque creían en Dios y amaban a España. Religiosas asesinadas salvajemente, con extremos de crueldad inenarrables. Muchos recordaréis aquella escena estremecedora que es el final de la hermosa película que fue *Diálogos de carmelitas*. Aun las personas de menor sensibilidad sentían un nudo en la garganta al ver a las monjas subir los peldaños de la guillotina, al encuentro definitivo con el esposo, cantando. Pues igual las nuevas hermanas carmelitas de la Caridad que ejercían su labor educativa y docente en el colegio-asilo de Cullera.

«Llevadas al lugar del suplicio, a una de ellas, anciana de 73 años, le propusieron salvarse abandonando al resto de la comunidad.

»—No, yo iré a donde vaya la madre aunque sea a la muerte.

»Instantes más tarde las religiosas estaban apiñadas junto a la superiora y ésta sacó arrestos para entonar el himno eucarístico, en el que todas la siguieron. Vio morir a sus ocho encomendadas con entereza de vírgenes cristianas y sucumbió ella a las balas con el postrer consuelo de ver consumada gallardamente su misión como carmelita y como superiora».

Días después otras doce carmelitas de la Caridad, destinadas en la Casa de la Misericordia de Valencia eran fusiladas. Y 23 adoratrices en Madrid el 10 de noviembre. Y siete salesas madrileñas. «La que hacía entre ellas de superiora propúsoles aceptar los ofrecimientos del portero de sacarlas una por una e ir colocándolas en diversos consulados. Hizo constar la madre

que la obediencia y la observancia religiosa quedaban completamente a salvo con semejante opción, dado lo amenazante de las circunstancias. Pero ni la insistente bondad del portero ni la comprensión de la superiora bastaron a disolver el pequeño palomar, dispuestas como estaban las salesas a ir juntas a una muerte que ellas reputaban como martirio. Les daba fuerza y convicción el encargo de la superiora general del monasterio, transmitido al despedirse: mientras podáis, permaneced juntas.

En un descampado, hacia el final de la calle López de Hoyos el camión de las milicias populares se detuvo. Fue cosa de un momento bajar las religiosas una por una y disparar sobre ellas según pisaban tierra».

Cinco hijas de la Caridad asesinadas en Madrid el 12 de agosto. Diecisiete Doctrineras ejecutadas en Paterna: una de las víctimas tenía 92 años, dos tenían 84, otra 76 y la mayoría más de 60. Nueve Mínimas asesinadas en San Ginés dels Agudells. Cinco Dominicanas de la Anunciata también asesinadas en Barcelona, etc.

En total 30 Hijas de la Caridad, 26 Carmelitas de la Caridad, 26 Adoratrices, 20 Capuchinas, 17 Doctrineras, 10 Concepcionistas Franciscanas de San José y cifras menores de otras Congregaciones hasta sumar 283 monjas asesinadas.

Y 259 claretianos, 226 franciscanos, 204 escolapios, 176 maristas, 165 hermanos de La Salle, 155 agustinos, 132 dominicos, 114 jesuitas, 97 hermanos de San Juan de Dios, 94 capuchinos, 93 salesianos, 91 carmelitas descalzos... hasta un total de 2.365 religiosos. Más 4.184 sacerdotes diocesanos.

En Barbastro, de 140 sacerdotes incardinados en la diócesis, de los que alguno estaría fuera de ella, fueron asesinados 123. Prácticamente no quedó ni un solo sacerdote. En Lérida, de 410 fueron 270 los asesinados, el 65,8 %. En Tortosa, de 510 se mató a 316, el 61,9 %. En Segorbe, de 110 fueron 61 los asesinados, el 55,4 %. En Menorca, de 80 se asesinó a 39, el 48,7 %. En Málaga, de 240 murieron 115, el 47,9 %. En Toledo, de 600 sacerdotes fueron asesinados 286, el 47,6 %... Y aunque el porcentaje de asesinados da cifras menores en otras

diócesis, los números son también aterradores. Fueron asesinados 334 sacerdotes madrileños, 327 de la archidiócesis de Valencia, 279 de Barcelona, 194 de Gerona, 177 de Vich, 140 de Oviedo, 131 de Tarragona, 124 de Jaén, 109 de Cuenca, 109 de Urgel, 97 de Ciudad Real, 84 de Córdoba, 81 de Zaragoza...

¿Veis cómo no hay nada semejante en la historia de la Iglesia? ¿Veis cómo cambiar a España es renegar de toda nuestra historia, es olvidar todo lo que nos ha hecho grandes, es cambiar la gloria por el crimen, la grandeza por la miseria y la victoria por el deshonor?

Y no os estoy hablando de hace dos mil años, o mil cuatrocientos o quinientos. Ni siquiera de los casi doscientos de la guerra de la Independencia o de los cien de la última guerra carlista. Os hablo de hoy. De vuestros padres. De vuestros hermanos. Muchos de esos sacerdotes fueron compañeros de seminario de los obispos de hoy que nada quieren saber de ellos. Hay incluso obispo con su padre y su madre en el cielo, asesinados en un pueblo manchego. ¡Si tenemos lo que nos merecemos...!

Al ver a los sucesores de Osio y San Ildefonso, de San Fructuoso, San Isidoro y San Julián, de Cisneros, San Juan de Ribera y San Antonio María Claret, de los trece obispos mártires de la Cruzada es como para repetir con el poema de Fernán González:

«Señor, Señor, no nos tengas tal saña.

Por los nuestros pecados, no destruyas a España».

Y El habrá de oírnos. Porque nuestras miserias, nuestras bajezas, nuestras traiciones, nuestros pecados no pueden pesar más en la balanza de Dios que tanta sangre, tanto amor, tanta Iglesia.

Esa es la verdadera Iglesia de Cristo, la Iglesia santa, la Iglesia por la que nos da gracias el Papa. La otra, la que hoy nos angustia, la que quiere cambiar la religión y a España, es la miserable actuación de Satanás, son las puertas del Infierno que no han de prevalecer, son los Judas Iscariote que maldecirán los españoles de mañana cuando veneren en los altares a

los mártires de España del siglo xx. A los innumerables mártires de la Cruzada de 1936.

Una vez más se quiere cambiar a España alejándola de Cristo. Porque ese es el único cambio. Lo demás son consecuencias de él. Que España se deshaga en regiones insolidarias es una añadidura que ya había vaticinado Menéndez y Pelayo. Que no tengamos literatura, arte y ni siquiera ilusiones, lo mismo. España, sin Dios, no será España. Una sombra vaga y fantasmal en busca de un imposible.

Nada tendría ya explicación. ¿Por qué las inmensas catedrales? ¿Por qué hasta el nombre de nuestras mujeres? ¿Por qué las Montserrat, las Mercedes y las Nurias de Cataluña? ¿Y las Begoñas y Aránzazus vascas? ¿Y las Sonsoles y las Fuencislas, las Almudenas y las Cármenes, las Macarenas, las Reyes, las Dolores, las Pílares, Guadalupe o Covadongas? Todo es fetichismo. Más normal sería que se llamaran Vanessas, Sonias o Fiorellas.

Sin Dios no somos nada. Sin Dios no existe España. Si no queremos ese cambio suicida, ese cambio que es la desaparición de la nación más grande, de la historia más hermosa, por encima de clérigos renegados, de obispos indignos, de políticos miserables, volvamos los ojos a Cristo que nos aseguró que reinaría en España. Y así ha de ser.

Dejadme terminar con un poeta. Que amaba lo que amamos. Que creía en lo que creemos. Que esperaba en lo que esperamos. Como una oración al cielo en la seguridad de que ha de oírnos, no por nuestros méritos, tan mezquinos, sino por los de ellos, por los de nuestros padres, héroes, santos y mártires.

¡SEÑOR! ¡Mi patria llora!
La apartaron, ¡oh Dios!, de tus caminos,
y ciega hacia el abismo corre ahora
la del mundo de ayer reina y señora
de gloriosos destinos.

Hijos desatentados,
que ya la vieron sin pudor vencida,
la arrastran por atajos ignorados...

¡Señor, que va perdida!
¡Que no lleva en su pecho la encendida
luz de tu Fe que alumbró su carrera!
¡Que no lleva el apoyo de tu mano!
¡Que no lleva la Cruz en la bandera
ni en los labios tu nombre soberano!
¡Señor! ¡Mi patria llora!
¿Y quién no llorará como ella ahora
tremendas desventuras,
si fuera de tus vías
sólo hay horribles soledades frías,
lágrimas y negruras?

¿Quién que de Ti se aleje
camina en derechura a la grandeza?
¿Ni quién que a Ti te deje
su brazo puede armar de fortaleza?

Solamente unos pocos pervertidos,
hijos envanecidos
de esa Madre fecunda de creyentes
pretenden, imprudentes,
alejarse de Ti: son insensatos;
olvidan tus favores: son ingratos,
desprecian tu poder: están dementes.

Pero la patria mía,
por Ti feliz y poderosa un día,
siempre te ve, Señor, como a quien eres,
y en Ti, gran Dios, en Ti sólo confía;
que es grande quien Tú quieres,
fuerte quien tiene tu segura guía,
sabio quien te conoce,
¡y feliz quien te sirva y quien te goce!

¡Señor! ¡Mi patria llora!
Ebria, desoladora,
la frenética turba parricida
la lleva a los abismos arrastrada,
la lleva empobrecida...
¡la lleva deshonrada!...

¡Alza, Señor tu brazo justiciero,
y sobre ellos descarga el golpe fiero,
vengador de sus ciegos desvaríos!...

¡No son hermanos míos
ni hijos tuyos, Señor! ¡Son gente impía!
Son asesinos de la patria mía!

II

¡Señor, Señor, detente!
¡No hagas caer sobre la impura gente
el rudo golpe grave
de la iracunda mano justiciera,
sino el toque suave
de la mano que funde y regenera!

Y a Ti ya convertidos,
los hijos ciegos a tu amor perdidos,
aplaca tus enojos,
la noche ahuyenta, enciédenos el día
y pon de nuevo tus divinos ojos
en los destinos de la patria mía.

¿No es ella la que hiciera
con los lemas sagrados
de la Cruz y el honor una bandera?
¿La que tantos a Ti restituyera
pueblos ignotos de tu fe apartados,
que con sangre de intrépidos soldados
y con sangre de santos redimiera?

¿Y Tú no eres el Dios Omnipotente
que quitas o derramas con largueza
gloria y poder entre la humana gente?

¿No eres prístina fuente
de donde ha de venir toda grandeza?
¿No eres origen, pedestal ingente
de toda fortaleza?

No es toda humana gloria
dádiva generosa de tu mano?
¿No viene la victoria
delante de tu sopro soberano?

¡Señor, oye los ruegos
que ya te elevan los hermanos míos!
¡Ya ven, ya ven los ciegos!
¡Ya rezan los impíos!
¡Ya el soberbio impotente
hunde en el polvo, ante tus pies, la frente!
¡Ya el demente blasfemo, arrepentido,
cubre su rostro, el pecho se golpea
y clama compungido:
«¡Alabado el Señor; bendito sea!»

Y los justos te aclaman,
alzando a Ti los brazos, y te llaman;
y porque España sólo en Ti confía,
al unísono claman
todos los hijos de la Patria mía:

¡Salva a España, Señor; enciende el día
que ponga fin a abatimiento tanto!
¡Tú Señor de la vida o de la muerte!
¡Tú, Dios de Sabahot, tres veces Santo,
tres veces Inmortal, tres veces Fuerte!...